

ESPIRITUALIDAD ANABAUTISTA DEL SIGLO XVI

Introducción:

El anabautismo histórico heredó mucho de la espiritualidad medieval monástica: su visión dualista en su actitud hacia relaciones de iglesia y mundo. Pero esencialmente rechazó la larga tradición litúrgico-sacramental y formas jerárquicas de vida eclesial, en favor de intenso estudio bíblico en comunidades fraternales con sentido de vocación a misión y al discipulado, acompañado de la visión de libre albedrío que esto implicaba.

La visión anabautista fue formada mediante una relectura de Nuevo Testamento en comunidades que preguntaban ¿cómo ser obedientes?, más que mediante una vida contemplativa de meditación y oración, o de la sana doctrina, según la visión común protestante.

Aunque monasticismo y anabautismo tenían mucho en común, visiones diferentes de comunidad condujeron a diferencias de espiritualidad. En lugar de misticismo un tanto ultra-mundano y abstracto, los anabautistas enfatizaban la obediencia, el amor, la integridad de fe y obras. (Entre los anabautistas era más bien cuestión de la "obediencia de la fe" que la "justificación por la fe".) No era tanto el cultivo del alma mediante una práctica contemplativa altamente introspectiva, sino el cultivo de una vida de oración, paz, integridad de vida, humildad y relaciones comunes, en breve, una búsqueda Cristo-céntrico a fin de conocer y adorar a Dios. Espiritualidad para estos era un don de gracia, otorgada por el Espíritu, y no un logro de esfuerzo humano.

Aunque el movimiento anabautista en el siglo xvi era bastante heterogéneo, hubo relativamente poco interés en la contemplación solitaria, en la introspección, en prácticas ascéticas. Lo que les interesaba más era novedad de vida mediante una regeneración que era obra de la maravillosa gracia de Dios, la integridad de fe *y* obediencia, del individuo *y* la comunidad, de servicio *y* testimonio. Su espiritualidad se centraba en el Espíritu Santo, aun en el caso de los más biblicistas entre ellos, como Hubmaier y Menno, por ejemplo.

I. Una Espiritualidad Anabautista: Inspirada en el Protagonismo del Espíritu del Cristo Resucitado

Todos los sectores del movimiento anabautista en el siglo XVI se inspiraban en una pneumatología viva. Para comenzar, se insistía en que el Espíritu Santo tenía que hacer su obra en los corazones de las personas a fin de iniciar y sostener una vida de fe. Baltasar Hubmaier, uno de los Anabautistas menos "pneumáticos" hablaba de tres bautismos: un bautismo del Espíritu; un bautismo en agua; y un bautismo de sangre.

La participación del Espíritu de Dios también era fundamental para su interpretación de las Escrituras. Los Anabautistas solían ser más "espirituales" en su interpretación bíblica que otros movimientos de reforma en el siglo XVI. Los Protestantes clásicos enfatizaban notablemente más la palabra objetiva y exterior mientras que los Anabautistas tomaban también nota de la interior.[1]

---

[1] Véase Walter Klaassen, *Selecciones Teológicas Anabautistas*, Scottdale, PA: Herald Press, 1985, pp. 111, 112, 114-115. Tanto Hans Denck, sud-alemán de orientación más humanista, como Ulrich Stadler, vocero de los huteritas austriacos, concuerdan este punto.

Reclamar, de parte de personas sencillas y sin letras, el poder del Espíritu para la interpretación de las Escrituras era una forma de protestar el monopolio de la iglesia establecida que depositaba en manos del magisterio el derecho a la interpretación bíblica (y del clero, que dependía del poder sacramental) en el catolicismo, y del poder de la erudición intelectual, para la recta interpretación del texto objetivo en el protestantismo clásico.

Testimonios procedentes de todas las regiones donde surgió el movimiento anabautista enfatizaron que sin el bautismo del Espíritu no se podía comprender la letra de las Escrituras. Por su parte, los Luteranos acusaron a los Anabautistas de ser "espiritualistas antinomios" en la tradición de Tomás Muntzer.

La discusión entre Martín Lutero y Tomás Muntzer, el reformista radical en tierras luteranas de tendencias marcadamente "pneumáticas", ofrece un ejemplo de lo encontrado de sus posturas. Muntzer asignaba a las Escrituras un valor preparatorio, a fin de "matar al creyente para que así éste pudiera despertar a la palabra interior y responder al Espíritu…Sin el Espíritu interior nadie será capaz de decir nada verdaderamente profunda acerca de Dios, aunque haya tragado cien Biblias."[2] Respondió Lutero que tampoco "confiaría en Muntzer aun si se tragara al Espíritu con todo y plumas."[3]

Los Anabautistas no identificaban, sin más, la Palabra de Dios con las Escrituras. Insistían que es la "Palabra interna", la voz del Espíritu de Dios, la que otorga valor a la "Palabra externa" de las Escrituras. Para los Anabautistas las Escrituras eran muy importantes, para conocer la voluntad de Dios, pero no absolutamente imprescindibles. En esto se distinguían de los Reformadores clásicos.

Entre las principales claves hermenéuticas anabautistas estaba su visión que para la interpretación recta de las Escrituras se precisaba el protagonismo activo del Espíritu Santo, en medio de la comunidad creyente reunida para escudriñar las Escrituras a fin de hallar caminos de obediencia en su discipulado.

Esta práctica de recurrir a la intervención del Espíritu en su interpretación bíblica condujo a que sus lecturas del textos no siempre fueron tan literalistas como algunos de sus contemporáneos, dentro y fuera del movimiento, podrían desear. Por ejemplo, su anticlericalismo y su énfasis en la igualdad básica de todos los miembros de la comunidad creyente estaban basados, más en una lectura "espiritual" de las Escrituras que solo en la "letra" objetiva. Lo mismo podría decirse de su clara disposición a reconocer los ministerios de las mujeres en sus comunidades de fe, a diferencia marcada de las iglesias establecidas.

Casi todos los cristianos en el siglo XVI pensaban que vivían en los últimos tiempos. Los Anabautistas veían la era en que vivían como del derramamiento del Espíritu de Dios sobre la humanidad. Debido a este fuerte énfasis sobre la actividad del Espíritu Santo, los Anabautistas estaban abiertos, en algún grado, a la posibilidad de la obra reveladora continuada del Espíritu Santo, pues ellos creían vivir una era histórica radicalmente nueva, la era del Espíritu que habría de anteceder el fin de la historia. Esta visión les permitía interpretar los duros sufrimientos en manos de sus perseguidores como "los dolores de parto" que anuncian la culminación de la historia.

II. Una Espiritualidad Anabautista: Su Visión Eclesiológica Comunitaria

En su visión de la iglesia el Anabautismo del siglo XVI se distingue notablemente del Catolicismo y del Protestantismo establecidos. En el Catolicismo tradicionalmente se has definido a la iglesias como una "comunión sacramental", o comunidad de salvación en que la gracia es comunicada mediante los sacramentos de la iglesia. En el Protestantismo clásico se define por la proclamación del evangelio en su pureza y la celebración correcta de los sacramentos.

En ambos casos, la iglesia verdadera sería fundamentalmente invisible, compuesta por los elegidos y conocida tan solamente por Dios, y futura, a ser manifestada solo al fin de la historia. De esta manera se perpetuaba el legado de agustiniano proveniente de la lucha de la Iglesia Romana contra los Donatistas en los siglos IV y V.

[2] George H. Williams, *La Reforma Radical*, México: Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 907.
[3] Cornelius J. Dyck, *Introducción a la Historia Menonita*, Ciudad de Guatelmala: Ediciones Semilla, 1996, p. 33.

Y curiosamente para que haya iglesia, tanto para Católicos como para Protestantes establecidos, solo se requiere la función del clero.

Sin embargo, en marcado contraste, los Anabautistas insistían en que la iglesia sea una comunidad concreta y visible, el cuerpo de Cristo presente en el mundo. Su eclesiología concreta determina, en buena parte, las formas concretas que toma su espíritualidad.

Para sus "definiciones" de la iglesia los Anabautistas necesitaban listas notablemente más largas que las iglesias establecidas, católica y protestante. Interesantemente, Lutero, sin querer, dio una de las mejores definiciones de esta clase de iglesia.[4] Incluye los siguientes elementos: (1) participación libre y voluntaria; (2) comunidad de fe y vida; (3) comunidad edificante y misional; (4) comunidad de responsabilidad mutua; (5) comunidad de compartir generoso; y (6) comunidad espiritual.

Menno elaboró la siguiente lista de marcas de una iglesia verdadera: (1) la enseñanza salvífica y no adulterada de la Palabra; (2) el uso escritural de los sacramentos; (3) la obediencia a la Palabra de Dios manifestada mediante la santidad de vida; (4) un amor sincero y no fingido para los demás; (5) La confesión fiel del nombre, la voluntad, la palabra, y la ordenanza de Cristo "frente a toda crueldad, tiranía, tumulto, fuego, espada, y violencia del mundo"; (6) la cruz de Cristo libremente asumida por todos sus discípulos mediante su testimonio y su palabra.[5]

Estas listas indican, entre otras cosas, que no es tan sencillo definir escuetamente la naturaleza y la misión de la iglesia. Se requieren listas más largas de las "notas" de la iglesia. En el caso de los Anabautistas del siglo XVI los símbolos, o signos eclesiales, con que ellos celebraban su visión de iglesia nos ayudan a captar una visión más clara de su espiritualidad. Esto signos son (1) el bautismo; (2) la amonestación fraterna; (3) la cena del Señor; (4) la ayuda mutua.

1) Signos de Comunidad: El Bautismo

El término "Anabautista" era un insulto utilizado por los adversarios del movimiento. Ellos mismos hubieran preferido usar "hermanos y hermanas". Pero al escoger el término "Anabautista" sus enemigos acertaron lo que era fundamental en esta confrontación. Si los hermanos hubieran estado dispuestos a enfatizar el bautismo interior del Espíritu sin el bautismo en agua no hubiera existido un movimiento anabautista. La tentación a espiritualizar el signo del bautismo en agua era muy grande, ya que de vida y muerte se trataba. Fue la decidida insistencia en este símbolo, con la realidad espiritual y social que representaba, que aseguró la existencia de esa alternativa eclesiológica visible y concreta en la historia que conocemos como Anabautismo.

Para los Anabautistas, el bautismo interior del Espíritu requería un signo exterior y visible – un bautismo en agua. Era (1) una confesión pública ante la congregación de los pecados de uno y una declaración de su arrepentimiento sincero; (2) un testimonio de fe en Jesucristo que perdona los pecados; (3) una incorporación en la comunión de la iglesia; (4) un compromiso a asumir responsabilidades fraternales de amonestación y ayuda mutua; y (5) una comisión a participación en la misión evangelizadora de Dios en el mundo.

Los Anabautistas primitivos serían la primera comunidad eclesial en más de mil años (desde Constantino) en relacionar estrecha y explícitamente los votos bautismales de los creyentes a la vocación misional de la iglesia. Y a diferencia de las órdenes misioneras dentro del Catolicismo donde la comisión misional está limitada a los

---

[4] John Howard Yoder (copilador), *Textos Escogidos de la Reforma Radical*, Buenos Aires: Editorial La Aurora, 1976, pp. 85-86. Este texto es parte de su prefacio a la "Misa alemana y ordenamiento del servicio divino", escrito en 1526. Dice, Lutero "…la verdadera naturaleza que debería tener el orden evangélico …[consiste de] aquellos que desean con seriedad ser cristianos y confesar el Evangelio con mano y boca, deberían anotarse con su nombre y reunirse…para orar, para leer, para bautizar, para recibir el Sacramento y practicar otras obras cristianas…podría imponerse también un limosna común a los cristianos, que se daría voluntariamente y se repartiría entre los pobres, según el ejemplo de Pablo…y orientar todo hacia la palabra, la oración, y el amor…si contara con…personas que desearan seriamente ser cristianos, no se tardaría en establecer…las formas…Pero no puedo…porque aún no cuento con gente y con personas para eso." (Ibid., p. 86).

[5] Leonard Verduin, trad., y J. C. Wenger, ed., *The Complete Writings of Menno Simons*, Scottdale, PA: Herald Press, 1956, pp. 739-741).

que han recibido "órdenes" de la iglesia, los Anabautistas fueron la primera comunidad eclesial en más de mil años en aplicar la gran comisión a todos los miembros de la comunidad de fe en base a sus votos bautismales.

El bautismo en agua también era símbolo de "entrega" (gelassenheit): (1) entrega interior a Cristo y su causa; (2) entrega al Cuerpo de Cristo, la iglesia, con lo que uno es y lo que uno tiene ("someterse unos a otros en el amor de Cristo"); (3) entrega a sufrir por amor a Cristo y a los hermanos y hermanas. El bautismo significaba hacer una mudanza – del mundo, con sus valores y lealtades, al cuerpo de Cristo (la iglesia) con nuevos valores y lealtades. Se trataba de un cambio de reinos y de Señores.

Cuando se interrogaban a los Anabautistas encarcelados en cuanto a la razón por su bautismo, la respuesta solía ser sencillamente por obediencia al mandato bíblico a creer y ser bautizado, en ese orden.

Pero era fundamentalmente un compromiso asumido ante la comunidad creyente. Y en esto se basaba su vida de fidelidad en el seguimiento de Jesucristo en un contexto comunitario. Era señal exterior de una transformación y compromiso interior. Su "obediencia de fe" incluía, no solo el testimonio interior del Espíritu, sino también un testimonio exterior y un compromiso a una vida nueva en comunidad, conjuntamente con otros que habían hecho los mismos votos.

De paso, notamos que su visión de salvación era comunitaria, o social (relacional), más que simplemente interior e individualista. La iglesia verdadera, para ellos, era una comunidad visible con signos exteriores de transformación interior. El Anabautismo llegó a ser un movimiento debido a la convicción que las realidades interiores y exteriores no podían separarse con integridad.

2) Signos de Comunidad: Amonestación Fraterna

Entre los Anabautistas del siglo XVI la provisión descrita en Mateo 18:15-20 era visto como una alternativa evangélica, no-violenta y compasiva, a la manera en que los conflictos interpersonales fueron tratados en la sociedad tradicional – por el estado, con su recurso al poder para castigar, o por la iglesia establecida, con su poder para castigar mediante penalidades eclesiásticas impuestas o entregando al malhechor al brazo secular para el castigo correspondiente.

Aunque no siempre ha sido así entre los herederos de los Anabautistas del siglo XVI, esta clase de "disciplina" es muy diferente a la que generalmente se ejerce para "corregir" al ofensor. En esta perspectiva, la disciplina (y, por la semejanza de los términos, la "disciplina" debería relacionarse al proceso "discipulador") es ayudar al hermano a ser el discípulo de Jesucristo que, según su declaración bautismal, quiere ser.

Para los Anabautistas la restauración de la iglesia no sería completa hasta que sus miembros se comprometieran libre y conscientemente a ser esta clase de iglesia y, mediante el bautismo, comprometerse a ejercer una disciplina comunitaria y restauradora.

El propósito de esta clase de disciplina no era la exclusión del ofensor, sino su evangelización auténtica. Según Hubmaier, se restauraba al ofensor "con alegría, como un padre recibe a un hijo perdido", refiriéndose a Lucas 15.[6]

Para que esta clase de disciplina fuera eficaz, se precisaba una convicción común que la vida exterior de la persona refleja fielmente su condición interior. Al contrario, si una fe que salva es en esencia conocida tan solo por Dios, y por eso es invisible, entonces no tendría sentido ejercer una disciplina mutua. Pero cuando se consideran las partes interior y exterior de la vida como dos caras de una misma moneda entonces la disciplina resulta ser restauradora. Para los Anabautistas la disciplina tomaba el lugar del rito de confesión, contrición, penitencia, y absolución en el Catolicismo. (En el Luteranismo se esperaba que la proclamación de la Palabra surtiera este efecto.) Y visto desde una perspectiva corporativa, era la forma concreta que tomaba la gracia de Dios para continuamente restaurar a su iglesia.

3) Signos de Comunidad: La Cena del Señor

---

[6] Walter Klaassen, Op. Cit., p. 179.

Los Anabautistas concibieron la Cena del Señor como conmemoración de la muerte sacrificial de Cristo. En esto fueron herederos ideológicos de una larga tradición medieval europea anti-sacramentaria y, luego, de Erasmo y Zuinglio. Pero esta dimensión de ninguna manera agotaba para ellos el significado de este símbolo.

Aun antes de los comienzos formales de un movimiento anabautista en Zurich, los disidentes suizos, que inicialmente inspirados por el programa reformista de Zuinglio pero, luego, crecientemente decepcionados por lo que ellos consideraban ser una contemporización con las autoridades civiles en ponerlo en marcha, habían formulado algunas ideas para una desacralización radical de la Cena del Señor.

Unos cuatro meses antes del primer bautismo varios de los más allegados a Zuinglio se habían expresado sobre la celebración de la Cena del Señor de la manera siguiente: "Debe utilizarse pan corriente…Además debe usarse un vaso común…nos mostraría que somos un solo pan y un solo cuerpo y que somos y queremos ser verdaderos hermanos entre nosotros…Porque la cena es una muestra de comunión, no una misa y un sacramento…Debe ser celebrada…con frecuencia".[7]

Hubmaier decía que "el hombre que conmemora la cena de Cristo y que contempla los sufrimientos de Cristo con firme fe, agradecerá a Dios también esa gracia y bondad y se someterá a la voluntad de Cristo. Pero esa voluntad es, que así como él fue con nosotros, así debemos ser nosotros con nuestro prójimo y que debemos entregar nuestro cuerpo, vida, bienes y sangre, por amor a él. Esa es la voluntad de Cristo".[8]

Este enfoque "horizontalista" estaba ampliamente difundida, pues hallamos una interpretación similar en las "Reglas de Orden Congregacional". "La cena del Señor se celebrará cada vez que los hermanos se reúnan, proclamándose así la muerte del Señor y exhortando de esta manera a todos a conmemorar cómo Cristo dio su cuerpo y derramó su sangre por nosotros, a fin de que nosotros también estemos dispuestos a brindar nuestro cuerpo y vida por amor a Cristo, lo que significa: por amor a todos nuestros semejantes".[9]

En relación con esta interpretación veamos la traducción que ofrece la Nueva Biblia Española de 1 Cor. 11:23-24: "Porque lo mismo que yo recibí y que venía del Señor os los trasmití a vosotros: que el Señor Jesús, la noche en que iban a entregarlo, cogió un pan, dio gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced lo mismo en memoria mía."

A los que estamos acostumbrados a las interpretaciones tradicionales de la Cena del Señor, esta traducción tiende a sorprendernos. Sin embargo concuerda perfectamente bien con la visión radical anabautista de la Cena.

Mediante el bautismo en agua uno da testimonio de haber tomado con toda seriedad el mandato a amar a Dios por encima de todas las cosas - que uno ha muerto para si mismo y resucitado a novedad de vida en Cristo – así también en la cena uno da testimonio que toma con toda seriedad el mandato a amar al prójimo como a uno mismo. Este concepto "horizontal" de la cena como respuesta a la gracia de Dios y como compromiso a amar como Dios ama es característicamente anabautista en contraste con otros conceptos tradicionales.

4) Signos de Comunidad: La Ayuda Mutua

Desde los comienzos del movimiento anabautista, participación en el Cuerpo de Cristo significaba lealtad absoluta a Cristo en el contexto de su Cuerpo en cuestiones sociales, económicas y políticas (¡que son también espirituales!).

Vida en la comunidad era inspirada y facilitada por el Espíritu de Cristo y ordenada según el modelo de Jesús y sus apóstoles. Esto implicaba que las relaciones económicas en la iglesia no serían como las del mundo. También rechazaban las distinciones jerárquicas que caracterizaban las relaciones sociales contemporáneas.

Entre los Anabautistas del siglo XVI se adoptaron dos formas clásicas de organización económica: las comunidades huteritas fueron sistemáticamente estructuradas y las comunidades suizo-alemanas con estructuras económicas más informales, pero no menos reales. En los dos grupos se nota el mismo Espíritu motivador, los

[7] John Howard Yoder, Op. Cit., pp. 135-136.
[8] Ibid., p. 185.
[9] Ibid., p. 166.

mismos resultados comunitarios concretos de ayuda mutua, y la mismas actitudes desprendidas hacia los bienes materiales. De hecho, ambos grupos fueron percibidos como amenazas sociales por las autoridades de su época y entre otras cosas, fueron perseguidos por creerse "comunistas" y "fanáticos" peligrosos.

Relaciones económicas entre las comunidades suizo-alemanas están reflejadas en el artículo cinco de "Reglas de Orden Congregacional". "Ninguno de los hermanos y hermanas de esta comunidad debe tener algo propio, sino – como los cristianos en el tiempo de los apóstoles – tener todo en común y reservar en forma especial un fondo común, del cual se podrá prestar ayuda a los pobres, de acuerdo con las necesidades de cada uno. Y, como en la época de los apóstoles, no permitirán que ningún hermano pase necesidades."[10]

También entre los Anabautistas se nota cierta nivelación social. Abandonaron el uso de títulos de honor para referirse a aquellos que ejercían algún ministerio en la iglesia. La siguiente carta de Conrado Grebel a Tomás Muntzer nos ofrece un ejemplo de esta convicción.

"Amado hermano Tomás: Por amor de Dios no te admires de que nos dirijamos a ti sin título y te roguemos como a un hermano que sigas manteniendo correspondencia con nosotros."[11] Muntzer, al igual que Grebel poseía una licenciatura, pero los Anabautistas evitaron intencionalmente títulos que hubieran perpetuado distinciones sociales entre clero y laicado, entre personas cultas y sin letras.

III. Una Espiritualidad Anabautista: Su Visión Cristológica

Para los Anabautistas, al igual que para otros cristianos, Jesucristo es céntrico para toda espiritualidad cristiana. Sus formulaciones doctrinales eran generalmente ortodoxos, es decir, de acuerdo con las expresadas en los credos históricos de la cristiandad.

Sin embargo, un aspecto importante de la cristología, que no había sido enfatizado en la tradición mayoritaria de la cristiandad era la importancia que se le daba a Jesús como modelo y ejemplo para sus discípulos. En esto se intentaba recuperar la realidad de la humanidad de Jesús con sus palabras y sus acciones, tal como aparece en los Evangelios. Sin embargo, esto no implicaba un rechazo, ni menosprecio, de la naturaleza divina de Jesús.

Tras algunas tendencias hacia el docetismo y monofisitismo, especialmente en los países bajos, se impuso una cristología encarnacionista. A Jesús se le veía esencialmente como Señor a ser seguido. Y esto condujo a una espiritualidad de seguimiento entre los Anabautistas en general.

En un ambiente en que a Jesús se le concebía principalmente como "Salvador que muere" y como "Juez que viene", los Anabautistas le confesaban también como "Señor a ser seguido". A diferencia de los otros grupos principales de la cristiandad del siglo XVI, los Anabautistas resistían a la tentación a separar ley y evangelio, santificación y justificación, fe y obras, discipulado y evangelización.

Este compromiso anabautista al discipulado que se desprendía de su visión cristológica se asemejaba más a algunos de los movimientos de renovación radical anteriores, dentro y fuera del catolicismo, que a los protestantes clásicos. Su concepto de seguimiento como imitación de Jesús tuvo mucho en común con la visión de los Franciscanos primitivos, los Valdenses del siglo XII, y de los Hermanos Checos del siglo XV. Sin embargo se nota en la visión y prácticas anabautistas cierta profundización.

Además de imitar a Jesús en términos concretos (y a veces un tanto legalistas) a fin de hacer lo que Jesús hacía, el concepto anabautista incluía una participación en el Espíritu de Jesús en su orientación y decisiones éticas. Comprender el discipulado como una participación en la naturaleza de Jesús mismo implicaba: (1) que un discipulado radical era una posibilidad, ya que Jesús mismo lo había vivido; (2) que las palabras de Jesús cobran sentido porque han quedado demostradas concretamente en la vida que Jesús encarnó, de modo que una vida radicalmente cristiana no era un ideal imposible, como generalmente se pensaba en la cristiandad del siglo XVI, sino una posibilidad real.

---

[10] Ibid., p. 165.
[11] Ibid., p. 133.

No es demasiado decir que la espiritualidad anabautista era una espiritualidad de seguimiento. Por eso los compendios bíblicos, tales como el Sermón del Monte, et al., en contraste con otros movimientos que tendían a verlos como “ley”. Para los Anabautistas, el seguimiento de Jesús era la forma concreta que tomaba la gracia de Dios en su medio.

IV. Una Espiritualidad Anabautista: Espiritualidad de Paz y Justicia:

En su deseo de seguir a Jesús la mayor parte de los Anabautistas se comprometieron al camino del amor y de la paz. No hallaron ningún apoyo en el N. T. que justificara su participación en guerras u otras formas de coacción violenta. Por esta razón, con unas pocas excepciones, fueron reacios a participación en las estructuras socio-políticas de su tiempo. Muchos creían en la existencia de dos reinos – el reino de este mundo que opera en un ambiente de pecado y ley humano y el reino de Cristo caracterizado por la gracia y el evangelio, y cuya expresión más clara se encontraba en la iglesia.

Muchos fueron perseguidos, sufriendo toda clase de injusticias. Gozaron de notable apoyo popular, aunque éste fuera, muchas veces, en secreto por temor a las autoridades. Fueron pioneros en la lucha por los derechos humanos, tanto en la esfera económica como en la variedad de formas que tomaba la violencia en su tiempo (clases sociales, feudalismo, opresión económica, guerra, pena de muerte). Las implicaciones del evangelio en cuestiones de paz y justicia y la no resistencia (como solían llamarla por la forma en que aparece el término en las enseñanzas de Jesús en Mateo 5, “no resistáis al que es malo”) no fueron igualmente evidentes a todos desde un principio, pero muchos rápidamente de dieron cuenta de la importancia del Sermón del Monte. Las citas que aparecen a continuación son representativas de los muchos testimonios de este tipo.

La primera viene de Conrado Grebel y su círculo. Son parte de una carta fechada el 5 de setiembre de 1524, dirigida a Tomás Muntzer, radical en tierras luteranas, de tipo místico y revolucionario. Para ellos los principios y la dinámica de la “regla de Cristo” (Mt. 18:15-20), “mediante la oración en común y el ayuno, regido por la fe y el amor, sin ley ni compulsión”[12] debían regir en su situación en el siglo XVI donde la iglesia solía decretar la sentencia que luego sería ejecutada por el brazo secular, con tortura, prisión y muerte.

“Tampoco hay que proteger con la espada al Evangelio y a sus adherentes, y éstos tampoco deben hacerlo por si mismos como – según sabemos por nuestro hermano – tú opinas y sostienes. Los verdaderos fieles cristianos son ovejas entre los lobos, ovejas para el sacrificio. Deben ser bautizados en la angustia y en el peligro, en la aflicción, la persecución, el dolor y la muerte. … Ellos no recurren a la espada temporal ni a la guerra, puesto que renuncian por completo a matar…a menos que estuviéramos sujetos aún a la ley antigua. Pero también allí la guerra es (si no recordamos mal) sólo una plaga, después de conquistada la tierra prometida.”[13]

Esta misma visión viene a confirmarse casi tres años más tarde en el encuentro en Schleitheim (24 de febrero de 1527). “Respecto a la espada hemos aunado en lo siguiente: La espada es una orden de Dios, fuera de la perfección de Cristo. Castiga y mata a los malvados y defiende y ampara a los buenos…Pero en la perfección de Cristo sólo se utiliza la excomunión para la admonición y exclusión de quienes han pecado, sin la muerte de la carne, sólo por medio del consejo y de la orden de no volver a pecar…Se preguntarán si un cristiano puede o debe emplear la espada contra los malvados, para defensa y amparo de los buenos o por el bien del amor. [Aquí la “guerra justa” está a la vista.] La respuesta nos ha sido unánimemente revelada: Cristo nos enseña que debemos aprender de él, pues él es manso y humilde de corazón, y así hallaremos la paz para nuestras almas… Las armas de sus riñas y guerras son carnales y sólo se dirigen contra la carne; las armas de los cristianos son espirituales y se dirigen contra la fortificación del diablo. Los gentiles se arman con púas y con hierro, los cristianos, en cambio, se protegen con la armadura de Dios, con la verdad, con la justicia, con la paz, la fe, y la salvación y con la palabra de Dios.”[14]

Sólo unos tres meses más tarde Miguel Sattler, un de los principales protagonistas en la reunión en Schleithem, fue enjuiciado y sentenciado a torturas inhumanas y una muerte cruel. La lista de cargos nos permite ver la actitud de los Anabautistas primitivos hacia la autoridad y varias de las formas de violencia humana. “Primero: Que él y sus adeptos han actuado en contra del mandato imperial…Sexto: Ha dicho que no se debe jurar antes

---

[12] Ibid., p. 137.
[13] Ibid., p. 138.
[14] Ibid., pp. 161-162.

las autoridades…Noveno: Ha dicho que si los turcos invadieran el país no habría que ofrecerles resistencia y que, si las guerras fuesen justas, prefería marchar contra los cristianos, [antes que] contra los turcos; lo cual es muy grave, pues antes que a nosotros prefiere al mayor enemigo de nuestra santa fe."[15]

Luego, en su propia defensa, Sattler añadió: "Si llegaran los turcos no deberíamos ofrecerles resistencia. Porque está escrito: "No matarás". No debemos defendernos contra los turcos y otros de nuestros perseguidores, sino implorar a Dios en rigurosa oración, que asuma la defensa y la resistencia. Pero si yo he dicho que, si la guerra fuera justa, preferiría marchar contra los supuestos cristianos – que persiguen , prenden y matan a los cristianos piadosos – y no contra los turcos, es por la siguiente razón: el turco es un verdadero turco y nada sabe de la fe cristiana; es turco por la carne. Vosotros, en cambio, pretendéis ser cristianos, os jactáis de cristianos; pero perseguís a los justos testigos de Cristo y sois turcos en espíritu."[16]

Menno (m. 1561), quien proveyó el liderazgo tan necesario para la supervivencia del movimiento radical en los Países Bajos durante las décadas después del desastre de Munster, ofrece un testimonio en sus escritos sobre el tema de la paz y la no violencia muy similar al que hemos visto entre los voceros del movimiento en Suiza y el suroeste de Alemania. "No, amado señores, no, [haber derramado sangre] no podrá librarles en el día del juicio de nuestro Dios (Lc. 22:50)…porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (2 Cor. 10:4-5).[17]

Menno no dudaba en dar testimonio a las autoridades que llevaban el nombre de cristiano. "Reconozco de todo corazón que la autoridad secular es del orden de Dios. Pero desprecio a los que se llaman cristianos, y quieren serlo y luego no siguen a su príncipe, su cabeza, su Señor, Cristo, sino que cubren sus injusticias, maldad, pompa y orgullo, avaricia, egoísmo, y tiranía todo con el nombre de magistrado. Los que son cristianos tienen que seguir al Espíritu, Palabra y ejemplo de Cristo, no importa que sean el emperador, el rey, o quien sea."[18]

Jacob Hutter (m. 1536) sirvió a la comunidad anabautista radicalmente pacifista en Moravia. Aunque los nobles estuvieran dispuestos a favorecer y proteger a los Anabautistas de la persecución decretada por las autoridades imperiales, debido a su aporte positivo a la economía de sus territorios, Hutter fue intransigente en su resistencia ante su insistencia en el pago de impuestos para costear sus guerras contra los turcos. "Dios ha provisto que todo autoridad recaude impuestos anuales, o rentas, para poder llevar a cabo las responsabilidades de su cargo, resistir a esto equivaldría a resistirle a Dios…Por eso, nosotros jamás hemos resistido en esto, como sujetos obedientes a la autoridad humana, por amor a Dios. Sin embargo, cuando…cobran impuestos para costear la guerra y pagar al verdugo, u otras cosas semejantes, que no son propias para un cristiano y no tienen base en las Escrituras, pero son más bien, contrarias a Dios y a su Hijo, no podemos consentir. [Cristo] no vino para perder las almas, sino para salvarlas, no a devolver el mal por el mal…sino el bien por el mal a fin de poner de manifiesto el carácter de nuestro Padre Celestial, haciéndoles bien a nuestros enemigos."[19]

En un documento fechada en 1642, este principio de paz y no violencia también era aplicado a toda la gama de relaciones inter-personales. "Uno siempre debe actuar hacia el pobre de la misma forma en que uno esperaría que Dios actuara con nosotros" (Col. 4:4). Muchas veces personas son severas con el prójimo, y cuando tendrían que perdonarles algo, insisten en una extensa confesión de culpabilidad, antes de poder perdonárselo. Cuando se divide una herencia, son muy exigentes insistiendo en recibir su parte, en lugar de simplemente ser generosos a fin de vivir en concordia. Lo mismo pasa cuando se compra algo. Pierden de vista al vendedor a fin de concentrar en el producto que están comprando, sin preguntarse si el prójimo recibe algún beneficio en el proceso, o no. Y cuando tienen algo que vender, le ponen un precio muy alto y alaban al cielo su producto. Esta es verdadera avaricia, amor propio, e injusticia. Y también el obrero, muchas veces pide jornales altos mientras trabaja poco…Todo esto viene de un corazón impuro, carente de compasión para su prójimo."[20]

---

[15] Ibid., pp. 172-173.
[16] Ibid., p. 174.
[17] Cornelius J. Dyck, *Spiritual Life in Anabaptism*, Scottdale, PA: Herald Press, 1995, p. 113.
[18] Ibid., p. 114.
[19] Ibid., p. 116.
[20] Ibid., p. 119.

Andreas Ehrenpreis, el último de los principales líderes de los Huteritas en Moravia, escribiendo en 1650, también enfatizó las dimensiones económicas de una convivencia caracterizada por la paz y la justicia. "Quienquiera que pretende pertenecer a Cristo y vivir en su amor, pero es incapaz de entregar sus bienes a la comunidad por amor de Cristo y los pobres, no puede negar su amor por los bienes del mundo, sobre los cuales ha sido puesto como mayordomo por un tiempo, más que a Cristo. Por eso Cristo dice, bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, Mt. 5:3. Pero Cristo no nos pide esto, simplemente por el bien de los pobres, sino también para que sus seguidores sean libres y entregados [gelassenheit: entregado o vivir en paz]."[21]

V. Una Espiritualidad Anabautista: Vocación Misionera

En la cristiandad europea del siglo XVI no hubo prácticamente sentido de vocación misional. Con la excepción de unos pocos Judíos y Moros entre la población europea, se pensaba que los demás habían sido cristianizados.

Con el "descubrimiento" del nuevo mundo surgieron nuevas órdenes misioneras al servicio de la iglesia. Mientras los Franciscanos y Dominicos cristianizaron a de los pueblos paganos en el hemisferio occidental, las fuerzas católicas y protestantes guerreaban en Europa para determinar cuál de las iglesias sería la establecida, resultando en una solución política mas bien que misional (cuius regio, eius religio). No fue hasta el avivamiento pietista a fines del siglo XVII que surgió, al margen de la iglesia oficial, un sentido de misión.

En el siglo XVI fueron los Anabautistas los que comprendieron su vocación en términos misiónales. La Gran Comisión fue uno de sus textos claves. Pero también concebían a la iglesia de su tiempo como anticipo de la era en que "la casa de Dios será establecida por cabecera de montes" cuando las naciones aprenderán los caminos de Dios y su ley saldrá por toda la tierra (Miq. 4:1-4). (De paso, es interesante notar que este fue también uno de los textos más citados por la iglesia de los primeros tres siglos.) Otro de sus textos misioneros favoritos era el Salmo 24:1, "De Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo, y los que en el habitan."

Los Anabautistas fueron obligados a llevar a cabo su misión al margen de las leyes vigentes. No solo sobrevivieron en la clandestinidad, evangelizaron bajo condiciones aparentemente adversas. Los lugares de trabajo llegaron a ser los contextos predilectos para esta actividad. Bajo estas condiciones difíciles, las mujeres fueron muchas veces las evangelistas más efectivas. La tercera parte de los mártires anabautistas fueron mujeres.

Sin recurso al poder socio-político, económico, y religioso y sin acceso a los medios de comunicación pública e influencia e imposición civil, tales como edictos y leyes oficiales, la imprenta, la erudición universitaria, etc., los Anabautistas evangelizaron desde afuera y desde abajo, mediante la palabra hablada, personal y directa, avalada por las integridad de vida (y de muerte) del testigo, subvirtiendo así, en nombre del reino de Dios y su justicia, a los anti-reinos opresivos de su tiempo.

Conclusión: La espiritualidad anabautista del siglo XVI, al igual que la de la iglesia primitiva del siglo I, era amplia, práctica y notable por la integridad de sus componentes. Era una espiritualidad inspirada por el Espíritu mismo del Cristo vivo; Una espiritualidad orientada por las Escrituras leídas e interpretadas en comunidad; Una espiritualidad notablemente comunitaria, nutrida y compartida en el contexto de la comunidad de fe; Una espiritualidad cristológica en que el seguimiento de Jesús ya no sería monopolio de pocos ni solo para una élite de espirituales, sino el privilegio de toda la comunidad de Cristo; Una espiritualidad caracterizada por la justicia y la paz en su amplio sentido bíblico de *shalom*; Y finalmente una espiritualidad que se expresa en una participación plena en la misión salvífica de Dios, que anticipa y anuncia el reinado de Dios en el mundo.

---

[21] Ibid., p. 123.